

# EL MOTÍN

Año XLIV

Madrid, Sábado 26 de Julio de 1924.

Número 30.

## EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL  
SE PUBLICA LOS SABADOS

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID		ULTRAMAR Y EXTRANJERO
Trimestre..	1,50 Ptas.	Año..... 10,00 Ptas.
Semestre..	3,00 "	
Año.....	6,00 "	
PROVINCIA		CORRESPONSALES
Trimestre..	1,50 Ptas.	25 números. 1,50 Ptas
Semestre..	3,00 "	El pago de las suscrip- ciones es adelantado.
Año.....	6,00 "	Número suelto, 10 cts

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
Calle de Alberto Aguilera, núm. 52.-MADRID.

## De jueves á jueves

Bien poco puede decirse de lo ocurrido en los últimos ocho días.

\*\*\*

El Presidente del Directorio terminó su visita á Marruecos recorriendo la zona oriental, y regresó á Madrid el lunes por la mañana. Dijo que venía muy satisfecho.

El mismo lunes por la noche marchó á San Sebastián donde estaba el Rey desde el domingo.

## ADVERTENCIA

Tengo manías yo como cualquiera, y tocante á caprichos no se diga.

García Gutiérrez

Y como lo mismo me pasa á mí, me ha dado hoy por llenar casi todo el número de esta semana con trabajos míos de diversas tendencias y estilo variado, que vieron la luz en épocas lejanas.

Me alegraría que este capricho no disgustase á mis lectores.

JOSE NAKENS

## La herencia del héroe

Terminó el combate, rudo y tenaz como sostenido entre hermanos, y el silencio más absoluto reina en la manigua. Cuando la columna pase lista se echará de menos al soldado que queda tendido junto al tronco de colosal majagua.

Cinco años há que luchaba en Cuba, sin que el hambre, la sed ni la fiebre abatieran su energía, ni aspirar á otra recompensa, después de salvar la integridad de su patria, que la de atender con su trabajo á las necesidades de su madre anciana y desvalida.

Alguna vez oyó hablar vagamente de españoles que medraban con la sangre de sus compatriotas y traficaban con su vida, más no entendió aquel lenguaje: la palabra español significó siempre para él desinterés, valor y moralidad.

El balazo que le ha destrozado el cráneo acaba con sus esperanzas. ¡Adiós las emociones de aquel día venturoso, tanto tiempo anhelado, en que desembarcase en su idolatrada España, pálido, demacrado, cubierto de harapos, pero lleno de gloria, y atravesara las calles de las poblaciones aclamado por héroe y bendecido por abnegado!

¡Adiós la alegría de ver á lo lejos el campanario de su aldea, pareciéndole que huía cuando él avanzaba, y sentarse en la tosca piedra donde alguna vez descansó al volver del trabajo, y divisar el árbol que le dió sombra en las siestas del estío!

¡Y al tocar las tapias del pueblo, reconocer rostros de amigos que le saludaban admirados; y al llegar sudoroso y palpitante á una pequeña casita, arrojarle en brazos de una mujer, su madre, que le aguardó todos los días con la ansiedad de los amores infinitos, y al apretarla fuertemente contra su corazón, comérsela á besos!

¡Y adiós por último todos los sueños rosados, desde su madre feliz hasta una esposa amada y un hijo que le acariciaría; desde la satisfacción del deber cumplido hasta el orgullo del aprecio alcanzado!... Adós todo, pues que la vida se le acaba por instantes.

Llega la agonía, y el ángel de la tristeza bate sus negras alas sobre su frente. Sólo, desamparado bajo la bóveda de verdura formada por los retorcidos brazos de las lianas, el infeliz soldado siente enfriarse poco á po-

co su cuerpo, debilitarse su mirada, apagarse su aliento, confundirse sus ideas.

Y cuando ya apenas le resta un soplo de vida y casi no palpita su corazón, ilumínese su rostro con leve sonrisa y dulce lágrima brota de sus párpados amaratados, lágrima que va á perderse en el río de sangre que mana de su frente...

Es que piensa noble y tierno pensamiento, en que su muerte calentará por algún tiempo el hogar de la anciana que en su aldea tirita de frío y le aguarda todos los días con la ansiedad de los amores infinitos...

¡Pobre soldado! ¡Qué desesperación la suya si al morir hubiera sospechado que 20.000 familias reclamarían en vano los alcances de hijos, padres ó esposos fallecidos en Cuba; que sus compañeros inutilizados en la guerra empuñarían para comer la licencia donde se relataban las gloriosas hazañas que realizaron juntos, pidiendo después limosna por las calles; y que los que tuvieron la suerte de salir de la campaña útiles para el trabajo, tendrían que emigrar de la patria cuya integridad defendieron, á fin de no entregar al hambre la existencia que las balas y las enfermedades respetaron!

JOSÉ NAKENS

1882

## Idea simpática

Leo en *El Liberal* de Barcelona:

«Los caseros han tenido un banquete para festejar la rebaja de derechos en los juicios de desahucio. ¡Tiemblen los inquilinos mororosos!

A este paso no quedará otro recurso que poner en práctica el plan de Nakens: no pagar nadie el alquiler, absolutamente nadie, y que desahucien á todo el mundo.

Ya que les sale barato, que se gasten en eso el dinero, á ver si les resulta la cuenta»

De cuantas ideas he lanzado y han sido aceptadas tarde ó temprano, ninguna logrará más éxito que esta. Y si no, al tiempo.

«Una huelga de inquilinos! Si sólo al pensar en ella se alegra el alma, se ensancha el corazón y se regocija el bolsillo, ¿qué no ocurrirá el día que se inicie?

Y que en esta no entrarían únicamente los de este oficio, los de aquel gremio, los de aquella clase, no. To-



das las clases, todos los gremios, todos los oficios... excepto los caseros.

¡Y qué lío! Salvo contadas excepciones, el procurador encargado de extender las demandas sería hueguista; el oficial del juzgado á quien correspondiese escribir las papeletas de citación, huelguista; lo mismo que el juez que debía firmarlas y el alguacil que debía repartirlas.

De modo que desde el momento en que todos los inquilinos nos declarásemos en huelga, no habría quien demandase, ni quien extendiese papeletas, ni quien las firmara, ni quien las llevara, pues no iban á ir les huelguistas unos contra otros.

¡Y lo que nos divertiríamos los inquilinos viendo á los caseros y á los administradores (de éstos se declararían también muchos en huelga) amenazando, suplicar, gritar, apaciguarse, buscar arreglos, proponer transacciones, tirarse de los pelos, arrojarse ante los que tantas veces barbarizaron!

¡Y las agradables sorpresas que nos darían los periódicos con noticias parciales á estas?

«Don Cornelio Rapante, casero, falleció ayer hidrófobo».

«Don Primitivo Araña, casero, ha pasado á peor vida».

«Don Segundo Dogal, casero, ha fallecido asfixiado».

«Don Justo Tenaza, casero, se arrojó ayer por el Viaducto».

¡Y estas consoladoras noticias á diario, amenzadas por los periodistas, en huelga caseril todos también!

Esto nos compensaría en parte de los disgustos horribles que los caseros nos han dado, nos dan y nos darán si no adoptamos pronto tan salvadora resolución.

Al llegar aquí, una idea triste viene á acibarar la alegría sin límites que disfrutaba. ¡Llegaré yo á ver esto? Sospecho que no. Está España poco civilizada para realizar en breve tan hermoso ideal.

De que lo realizará algún día no me cabe duda, porque es justo, equitativo y artístico; esto sobre todo. Mas ¡ay! yo no lo veré; nuevo Moisés, no entraré en la tierra de promisión. ¡Cruel destino el de los hombres superiores que marcamos derroteros á la Humanidad!

Pero ya que entrar no pueda, halago la consoladora esperanza de que alguno de los huelguistas dedique aquel día un recuerdo á mi memoria, y que la multitud, alborozada lance un ¡viva! ensordecedor que llegue á mi tumba olvidada; comprometiéndome desde hoy á responder con el mayor entusiasmo al viva del amigo que me recuerde, porque de seguro

mis restos se animarán dentro del sepulcro inerte, y á despecho de la muerte mis brazos lo estrecharán,

á la vez que exclame con la voz vibrante y sonora de los esqueletos agridecidos:

¡Viva la huelga de inquilinos!

JOSÉ NAKENS

1903

## El derecho y el instinto

Sentí ruido en la calle y me asomé al balcón.

Veinte ó treinta personas, formando círculo, azuzaban con palabras mal sonantes ó aplaudían con gritos desaforados á dos mujeres que en el centro luchaban.

El pelo suelto, los puños cerrados, las bocas espumosas, la remendada saya de la una en pingajos, el pardo mantón de la otra caído y embarrado en el suelo... En este estado se daban furiosas embestidas.

Una tendría como cuarenta años; la otra apenas llegaría á los veinticinco.

La de más edad resbaló en la escarcha y cayó; arrojóse la otra sobre ella, dejando ambas al descubierto botas rotas, medias caldas, refajos multicolores, camisas pardas, carnes sucias...

El entusiasmo del público creció. «¡Anda con ella! ¡Bien por la joven!...

¡Apuesto por la trapería!... Esto se oía, coreado por risotadas salvajes.

Entrelazadas, presentando escorzos que no soñó Miguel Angel, vomitando palabras coléricas, las dos mujeres seguían destrozándose. Imposible decir á cuál pertenecía cada miembro... Eran dos furias en una carne.

De pronto se oyó un grito terrible. La trapería había hecho presa en el carrillo de la otra, arrancándole un trozo, que mordía frenética.

Vibraban aún en los aires los ecos del grito, cuando se oyó otro lanzado por diferente garganta... Tres dientes de la trapería habían saltado de un golpe dado por la otra con un guijarro cogido al azar.

—«¡Guardias! ¡Guardias!»—exclamaron algunos de los espectadores, que ya no relan.

Acudieron dos guardias, trataron de separar á las mujeres, ellas se resistieron, mas por fin lograron llevarlas á la prevención con las bocas sangrando, las carnes magulladas, los ojos inyectados y las lenguas farfullando insultos. Los espectadores las siguieron hasta la puerta.

En la prevención se supo la causa de la querrela.

Pasaba la más joven con una hija suya de seis años cerca del montón de basura que había reunido la vieja, trapería oficial de la calle; vió un papel liado, lo cogió, y al enterarse de que contenía garbanzos, algo de col y un hueso roído á medias, se lo dió á su hija. Lo advirtió la propietaria de la basura, lanzóse sobre la niña para qui-

társelo, la madre se interpuso, y se enzarzaron.

Y mientras el Delegado extendía la partida, la niña, que había seguido á su madre, devoraba llorando el resto del festín hallado providencialmente en el papel.

No dudo que habrá algún artículo en el Código penal que obligue al juez á castigar á esas mujeres.

Pero me permito creer que él se alegraría de que no lo hubiera. Debe ser muy duro cumplir preceptos que se dictan sin pensar en que el hambre carece de ley.

JOSE NAKENS

1897

## Broma inédita

Ocurrióseme varias veces preparar una que me diese materia para reír el resto de mi vida, pero me abstuve por evitar un mal rato á los lectores que no estuvieran en el secreto.

Hubiera consistido en propagar la noticia de mi muerte en una forma que permitiera á los clericales afirmar que la mano de la Providencia había intervenido para castigarme por mi impiedad y que me había reconciliado á última hora con la Iglesia.

Habría dado gusto oírlos; ¡qué de variantes á la frase vulgar de que Dios castiga sin palo ni piedra! ¡Qué de artículos en su prensa vituperando mi memoria! ¡Qué regocijo en las sacristías!

Por otra parte, ¡qué de argumentos en pro del poder avasallador de la fe, que había triunfado de una impiedad tan arraigada como la mía! ¡Cómo habrían traído y llevado mi nombre para aplastar con mi ejemplo á los demás impíos! Es posible que hasta hubieran dicho misas por el eterno reposo de mi alma. ¡Misas por mi alma! Me hubiese desternillado de risa.

¡Con cuánto gusto habría saboreado metidito en un rincón lo que contra mí ó en favor mío se dijera!

Y cuando unos me supusieran en el Cielo, otros en el Purgatorio y los más en el Infierno, ¡con cuánto gozo hubiese reaparecido y enristrado la pluma para soltar una carcajada cuyos ecos durasen hasta mi muerte verdadera!

Mas nada, no me atreví á dar esta broma: el temor de disgustar á las personas que quiero me lo impidió.

No se puede tener corazón.

JOSE NAKENS

1892

## Inexplicable

Lo es para mí el que se me tache de impío, siendo yo uno de los hombres que acatan con más humildad las decisiones del clero.



¿Me dice, por ejemplo, que estoy fuera de la Iglesia? Pues bajo la cabeza y no lo contradigo, reconociendo que él sabe de esto más que yo.

¿Me asegura que no entraré en el Cielo, porque él, que tiene sus llaves, no me abrirá la puerta? Pues exclamo: «¡Qué vamos á hacer! Iré donde quieran recibirme, pues no debo entrar de matute en el Cielo utilizando una ganzú.»

¿Me excomulga? Pues procuro hacer vida higiénica, manera segura de digerir perfectamente.

Ni por un instante se me ocurre contrariarlo, quitarle la razón, ni protestar contra sus acuerdos. Me resigno con mi terrible desgracia, y á vivir.

Y si un día, ¡Dios no lo quieral, me diese por preocuparme de otra vida, mandaría á paseo las ideas liberales, acudiría á un templo, y sepultando mi frente en la ceniza cantaría la más indecente palinodia que manchó labios humanos, ¡y cuidado si las ha habido indecentes!

Pero mientras esto no sea (que no será, ¡lo juro por las once mil vírgenes que nadies vió reunidas en la Tierra!), seguiré sosteniendo que son unos hipócritas redomados los liberales que se empeñan en alardear de católicos á pesar de que el clero les dice que no lo son ni pueden serlo, y que, para hacer creer que los calumnian, me ponen de impío que no hay por donde cogerme.

JOSÉ NAKENS

1901

## Paz con la Iglesia

Cese ya el odio malsano á la eclesiástica gente: se puede ser muy creyente y ser muy republicano.

De esta verdad convencido (por desgracia un poco tarde), y queriendo hacer alarde de que estoy arrepentido,

he abierto capilla pública poniendo sobre el altar de la Virgen del Pilar la imagen de la República.

¡Y qué celestes venturas, qué místicos arrebatos se apoderan de mí á ratos contemplando ambas figuras!

Sueño que la soberana de cielo, de tierra y mar, se encarga de organizar la República cristiana, y hasta creo en mi ilusión adivinar el proyecto con que ha de llevarse á efecto semejante institución.

Código fundamental que regirá el suelo hispano: el catecismo cristiano filosófico moral.

Ley, los santos mandamientos; tribunal, la Inquisición

con su varia colección de hogueras y de tormentos.

O denanza militar: tendrá todo centinela en vez de fasil, su vela con la que pueda alumbrar.

No habrá almacén ni oficina en donde los empleados no sean examinados de la cristiana doctrina.

Como justificación al cobrar su haber mensual, ¿qué cédula personal? Basta la de comunión.

Cuando sirva cada teja de base á algún campanario; cuando se rece el rosario, público á la usanza vieja, y vuelvan los desusados tributos, diez nos, primicias que causaban las delicias de nuestros antepasados, entonces como una seda marchará la cosa pública.

.....

..... Catolicismo y República  
..... juntos? ¡Sálvese el que pueda!

JOSÉ NAKENS

1894

## PIO Y PIA

I

Cuando despertaron al canario los gorjeos de otras aves, un rayo de luz le daba de frente por entre las hojas del castaño de Indias. Desenroscó su cuello, sacudió y alisó las despeinadas plumas, dió algunos saltitos de rama en rama y un vuelo hasta el arroyo, donde bebió algunos sorbos mirando al Cielo y mirándose en el agua, y expresó su satisfacción cantando esta copla improvisada:

¡Qué hermosa mañana,  
cómo brilla el sol,  
qué alegre es la vida,  
qué bonito soy!

—¿Y yo, soy acaso fea?—dijo una canaria revoloteando por encima del arroyo y parándose á beber en la otra orilla.

—¿Fea usted, con ese corte de alas y ese cuerpecito de color de crema? ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Pía.

—¿De veras? Somos tocayos. Porque yo me llamo Pio.

—Es nombre muy común entre los pájaros.

—¡Ay, qué vocecita! ¿Se puede saber dónde almuerza usted?

—Hay un campo de alpiste muy cerquita.

—Si todo lo que dice ese pico es cosa buena: guíe usted, que la siga hasta el fin del mundo. ¡Ay que me neito tienen esas alas y esa cola! Y con qué gracia encoje usted las patitas al volar.

—Como todas las canarias.

—Ni; las hay muy sosas.

—Vuela usted con una timidez aristocrática.

—Este es el campo que le dije.

—Que bien sabe el alpiste al lado de usted.

—Como y calle.

—¿Ha tenido usted amores?

—Luego hablaremos; ¿quiere usted que me atragante?

Cuando el almuerzo terminó, el canario dijo á Pía.

—Yo la amo á usted. ¿Le soy indiferente?

—Va usted muy deprisa,

—Mi amor crece por instantes. Un solo favor. Déjeme que le arranque una pluma del cuello para tener un recuerdo de usted.

—Retírese usted, joven, ó doy gritos.

—¿Quiérame usted.

—El cariño ha de ser voluntario. ¡Ay! que me hace usted daño. ¡No sea usted hombre!

—Hábleme de tú.

—Ya no nos veremos.

Y la pájara voló y el pájaro tras ella; parecía que jugaban al escondite entre las ramas; ya se perdían tras la muralla de las hojas, ya reaparecían alesteando y tornaban á ocultarse. ¿Lograría ella escapar? Porque el pájaro la llamaba gritando á toda voz:

—¡Pía! ¡Pía! ¡Pía!

Se perdió el pajarillo por buscarla? Porque ella gritaba también al poco rato:

—¡Pío! ¡Pío! ¡Pío!

II

—Esposo mío—decía algunos días después la hermosa Pía entre las ramas de un naranjo—el sol abrasa y esta sombra es deliciosa: reposemos.

—Deja que te dé un mordisquito en la pechuga—respondía Pío.

—No seas travieso. ¿Sabes que te sienta muy bien ese moñito que tienes en la cabeza? No debería decírtelo porque eres coquetón. Pero, como te vea hablar con otra pájara, te lo arranco con el pico.

—¿Dadas de mí?

—¿Me quieres?

—No te lo dicen mis ojitos?

—¡Cielo mío!

—Tus alas huelen á azahar y tu pico sabe á cañamón.

III

Después de la presentación de costumbre entre los pájaros, Pía dijo á Pio.

—Este jilguero se ha criado conmigo y quisiera oírte cantar.

—Creo conocerle.

—Me vería usted hablar ayer con Pía en la copa del árbol del amor; estábamos recordando nuestra infancia—dijo el jilguero, poniéndosele la mejilla más colorada que de costumbre—. Pía me dijo que es usted un gran músico.



—Nada más que regular. ¿Y usted?  
—Un simple aficionado. ¿Qué va á cantar usted?  
—Nada; con estas humedades estoy ronco.  
—Otro día será —replicó el jilguero despidiéndose— me propongo frecuentar el trato de tan distinguido artista.  
—¡Plá! —dijo el canario con mal humor cuando el jilguero estuvo lejos— ese pájaro me carga.  
—¿Tienes celos de ese infeliz tan pintarrañado y ridículo?  
—¿Ridículo? Ya lo creo; y qué mancha negra tiene en el cogote.  
—Tú vales mucho más, Pío del alma.  
—Ya lo sé, aunque me esté mal alabarme.

IV

—Tengo que darte un recadito muy bajito —ojo Pío al canario.  
—Habla, rena mía.  
—Aquí no, porque pueden cernos los vecinos.  
—Dímelo en la fuente.  
—No, que las ranas son curiosas.  
—Volemos hasta aquella peña que está aislada.  
Ya en ella, añadió Pío:  
—Ya puedes hablar.  
—Me da vergüenza.  
—¿De qué?  
—¿No adivinas lo que quiero decirte? Que voy á poner huevos.

V

¡Qué agitación! ¡Qué días para buscar un sitio cómodo, seguro y resguardado para el nido; desjués que afanes eligiendo y transportando las briznas de tomillo y otras hierbas aromáticas, para que el armazón resu tase fuerte y oloroso. Cuando éste fué probado, ¡que trabajó aún para arrancar las hila has llevadas por el viento y las crines y el vellón que las carrascas arrancan al ganado, tejer con ello el forro de la casa y colocar encima la cama de he no y musgo!  
Al volver Pío una vez con el pico cargado de grama, se encontró á Pía acostada y cubriendo con las alas todo el nido. Dejó caer la grama y preguntó todo azorado:  
—¿Cuántos son?  
—¡Cinco!  
—Quiero verlos.  
—Imposible. ¿No conoces que podrían enfriarse?  
—¿Son grandes?  
—No los he visto nunca más hermosos.  
—Pía no te muevas. Quieta hasta que vuelen: yo dormiré en está ramita y te traeré de comer y mantendré á toda la familia.  
Y cada día preguntaba el pájaro á la pájara:  
—¿Rebullen ya?  
Pasadas dos semanas la madre le dijo á Pío llena de ternura:  
—Mira este piquito de rosa que aso-

ma por el cascarón; es tu mismo retrato; va á tener moño como tú.  
—Déjame darle un granito tierno de cebada.  
—No quiero que se empache.  
—Enséname los otros.  
—Están todos desnuditos hasta que no hayan crecido y tengan plumas, no has de verlos.

VI

Pasaron los días; Pío no reposaba para sacar adelante á su familia, porque tenía que alimentar con el suyo siete picos; los pajarillos asomaban los ojos para verle, y eran cada día más tragoncs. La madre no permitía á Pío que se acercase mucho á verlos y estaba triste y pensativa.  
—¿Por qué no sales á tomar el aire? —decía el canario á la hembra—. Mientras estés ausente yo los cuidaré.  
—No me atrevo á separarme; vosotros los machos sois muy bruscos.  
Pero la cría se cansaba de tanto encogimiento y aleteaba bajo el seno de la madre. Un día, por fin, á fuerza de empujones lograron asomarse al borde del nido, temblorosos y deslumbrados, cuatro polluelos cubiertos de un plumín albino.  
—¡Hermosos! ¡Querubines! —dijo Pío acariciándolos desde una rama—. ¡Chiquirrititos de papá! Pía, ¿dónde está el otro?  
—Está muy débil todavía para salir.

Pero el aludido protestó escurriéndose bajo el ala maternal, y asomó su cuerpecito negro y gris buscando á sus hermanos.  
Cuando el canario vió salir á aquel polluelo obscuro, lanzó un pitio ronco, se erizaron las plumas de su cuerpo, se agitaron sus alas, sus ojos y su pico, y su menudo cuerpo tomó el aspecto de un ave de rapina. Los polluelos, asustados, se refugiaron en el seno de su madre, que los cubría temblorosa con su cuerpo.  
—¡Infame! —exclamó el pájaro furioso—. Bien hacías en ocultarlo: es un mestizo: ese aborto tiene una mancha negra en el cogote.  
Y cayó sobre la hembra, picándola y pisoteándola con rabia.  
—Perdón—decía ésta—que vas á aplastar la cría.  
—¡Qué me importa si voy á sacarte la molleja!  
—¡Vecinos, socorrol! ¡Que me mata mi marido!  
Y la copa del árbol se llenó de chorlitos, jilgueros, verderones y pardillos, que á duras penas pudieron apartar al ultrajado pájaro.  
—¡Vecinos! —dijo éste con voz trágica—. Yo he sido un buen padre de familia, pero esa hembra es una infame: ¡sabed todos, para que lo cantéis de rama en rama, que la he pelado el pescuezo por adúltera!

JOSE FERNANDEZ BREMON

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Bustillo de Ayones. —Ambrosio Sanz, abonsa su suscripción á fin Abril 1925.  
Sevilla. —Antonio Lobo, id. á fin Diciembre 1924.  
Idem. —Francisco Gollardo, id. á fin Diciembre 1924.  
Idem. —Eusebio Garrido, id. á fin Diciembre 1924.  
Puebla de la Calzada. —Gonzalo Birre, id. á fin Diciembre 1924.  
Puente Canedo. —Marcel González, idem á fin Diciembre 1924.  
Segorbe. —Ruperto Santaolalla, recibiendo su guio de 50 pesetas; conforme.  
Idem. —Rafael Pérez, id. de 100 á cuenta.  
Avilés. José A. Fernández, id. de 62,50; conforme.  
Manuel. —Afonso González, id. de 2; conforme.  
Fuente la Higuera. —Ramón Ferri, idem de 10,80; conforme.  
Casalla. —Adelardo Lucena, id. de 50; conforme.  
Bilbao. —J. Luis Martínez, id. de 5; conforme.  
Idem. —Mannuel Vitoria, id. de 2; conforme.  
Albacete. —Isidoro Martín, id. de 6; conforme.  
Tasacorte. —Juan Morales, id. de 64; conforme.  
Trem. —Luis Bernades, id. de 12; conforme.  
Torrelavega. —José Ortiz, id. de 100; conforme.  
Barcelona. —Enrique García, id. de 10; van libros.  
Navia. —José Méndez, id. de 4,20; á su cuenta.  
Cáceres. —Tirso González, id. de 30; conforme.  
Sama de Langreo. —Indalecio Fernández, id. de 15; conforme.  
Murcia. —Luis Salas, id. de 24; conforme.  
Valencia de Alcántara. —Pedro Carballo, id. de 5

ALBUM PRIMERO

DE  
CARICATURAS Y DIBUJOS

PUBLICADOS EN

"EL MOTÍN"

PRECIO: 7 PESETAS

Variedad en la unidad

POR

JOSE NAKENS

DOS PESETAS TOMO

Imp. Juan Pérez. —Paseo de Valdecilla, 2. —Madrid.